

# EL SACRIFICIO DEL ALTAR

Bajo la guía infalible de la Sagrada Escritura y del Magisterio de la Iglesia, hemos contemplado la obra de la Redención llevada a cabo por Jesucristo, *que se ofreció en la Cruz como Víctima inmaculada para limpiar nuestra conciencia de las obras muertas y hacer que tributásemos un verdadero culto al Dios vivo*<sup>1</sup>.

Después de consumir su Sacrificio en el Calvario, resucitado por el poder de Dios, ascendió a los cielos; y para que siempre hubiera en la tierra memoria de su Sacrificio, y todos los hombres se beneficiaran de sus frutos, *el Divino Redentor quiso que la vida sacerdotal iniciada por El con sus oraciones y su Sacrificio no cesara en su Cuerpo Místico, que es la Iglesia, en el transcurso de los siglos*<sup>2</sup>.

## LA SANTA MISA, VERDADERO Y PROPIO SACRIFICIO

La Fe Católica nos enseña que Cristo, *sacerdote sempiterno según el orden de Melquisedec*<sup>3</sup>, quiso perpetuar sobre la tierra la obra redentora. Y en la Última Cena, la noche en que era entregado, para dejar a la Iglesia, su amada Esposa, un Sacrificio visible —como la naturaleza de los hombres pide—, que fuera representación del Sacrificio sangriento que había de consumarse una sola vez en la Cruz; para que su recuerdo permaneciera hasta el fin de los siglos, y se apli-

(1) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (2) *Ibid.*; (3) Ps. CIX, 4;

case su virtud salvadora para remisión de nuestros pecados cotidianos..., ofreció a Dios Padre su Cuerpo y su Sangre bajo las especies de pan y de vino, y los dio a los Apóstoles —constituidos entonces sacerdotes del Nuevo Testamento— a fin de que lo recibieran bajo estas mismas especies, al mismo tiempo que —a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio— les ordenaba que lo ofrecieran<sup>4</sup>.

El carácter sacrificial de la misa se deduce directamente de las palabras de Cristo al instituir la Eucaristía. *Esto es mi Cuerpo, que es entregado por vosotros*<sup>5</sup>, dijo a sus discípulos en la Última Cena. Luego, tomando el cáliz en las manos, afirmó: *ésta es mi Sangre, Sangre de la Nueva Alianza, que está siendo derramada por muchos para remisión de los pecados*<sup>6</sup>.

Pocos años después de la institución, el Apóstol Pablo, que nos transmitió fidelísimamente lo que había recibido del Señor<sup>7</sup>, habla abiertamente del Sacrificio eucarístico cuando demuestra que los cristianos no pueden tomar parte en los sacrificios de los paganos, precisamente porque se han hecho participantes de la mesa del Señor. «El cáliz de bendición que bendecimos —dice— ¿no es, por ventura, la comunión de la Sangre de Cristo?... No podéis beber el cáliz de Cristo y el cáliz de los demonios; no podéis tomar parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios»<sup>8-9</sup>.

La realidad del Sacrificio de la misa había sido prefigurada ya en el Antiguo Testamento. Cuando Abraham volvía victorioso de algunas batallas, le salió al encuentro Melquisedec, rey de Salem, que —sacando pan y vino—, como era sacerdote del Dios Altísimo, bendijo a Abraham<sup>10</sup>. San Pablo afirma explícitamente que Melquisedec, sin padre, sin madre, sin genealogía, sin ser conocido el principio de sus días ni el fin de su vida<sup>11</sup>, era tipo de Jesucristo; y su sacrificio, figura del que se realizaría en la Nueva Alianza. Lo había profetizado también Malaquías: *desde el nacimiento del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a*

---

(4) Concilio de Trento, sess. XXII, cap. 1; cfr. Inocencio III, Carta *Eius exemplo*, 18-XII-1208; Concilio IV de Letrán, cap. 1, *De fide cath.*, año 1215; Honorio III, Carta *Perniciosus valde*, 13-XII-1220; Concilio I de Lyon, año 1245; Concilio II de Lyon, *Profesión de fe* de Miguel Paleólogo, año 1274; Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; Concilio Vaticano II, const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 47; (5) I Cor. XI, 24; (6) Matth. XXVI, 28; (7) cfr. I Cor. XI, 23 ss; (8) I Cor. X, 16-21; (9) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (10) Genes. XIV, 18 y 19; (11) Hebr. VII, 3;



mi nombre un Sacrificio humeante y una oblación pura<sup>12</sup>. El Sacrificio del altar es así la Nueva Pascua, en la que Cristo, Cordero pascual, es inmolado por la Iglesia bajo signos visibles, en memoria de su tránsito de este mundo al Padre<sup>13</sup>. Por eso, enseña el Concilio de Trento: si alguien dijere que en el Sacrificio de la misa no se ofrece a Dios un verdadero y propio sacrificio..., sea anatema<sup>14</sup>.

El augusto Sacrificio del altar no es, por tanto, una pura y simple conmemoración de la Pasión y Muerte de Jesucristo, sino un Sacrificio propio y verdadero por el que el Sumo Sacerdote, mediante su inmolación incruenta, repite lo que una vez hizo en la Cruz, ofreciéndose enteramente al Padre como Víctima gratísima<sup>15</sup>. En la misa, igual que en el Calvario, Jesucristo es al mismo tiempo Sacerdote y Víctima. En efecto, una sola e idéntica es la Víctima; y el que ahora se ofrece por ministerio de los sacerdotes, es el mismo que entonces se ofreció a Sí mismo en la Cruz, siendo sólo distinta la manera de ofrecerse<sup>16</sup>: en la Cruz, Jesús sufrió la muerte con real derramamiento de sangre; sobre el altar, a causa del estado glorioso de su naturaleza humana, «la muerte no tendrá ya dominio sobre El»<sup>17</sup>, y por eso la efusión de la sangre es imposible<sup>18</sup>. Pero la realidad sacrificial, aunque de modo incruento, se manifiesta también con señales exteriores que son símbolos de muerte, ya que, gracias a la transustanciación del pan en el Cuerpo y del vino en la Sangre de Cristo, así como está realmente presente su Cuerpo, también lo está su Sangre; y de esa manera las especies eucarísticas, bajo las cuales se halla presente, simbolizan la cruenta separación del Cuerpo y de la Sangre. De este modo, la conmemoración de su muerte, que realmente sucedió en el Calvario, se repite en cada uno de los Sacrificios del altar, ya que por medio de señales diversas se significa y se muestra Jesucristo en estado de Víctima<sup>19</sup>.

Siendo el Sacrificio de la misa idéntico al del Calvario, en nada se menoscaba la dignidad y valor infinito del único Sacrificio redentor; por el contrario, hace resaltar más su grandeza y proclama su necesidad. Al ser renovado cada día, nos advierte que no hay salvación

(12) *Malach.* I, 11; (13) Concilio de Trento, *sess.* XXII, cap. 1; (14) *Ibid.*, can. 1; cfr. San Pío V, Bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, n. 45; Benedicto XIV, const. *Nuper ad nos*, 16-III-1743; (15) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 3; (16) Concilio de Trento, *sess.* XXII, cap. 2; cfr. Inocencio III, Carta *Eius exemplo*, 18-XII-1208; Concilio IV de Letrán, cap. 1, *De fide cath.*, año 1215; Pío XI, enc. *Quas primas*, 11-XII-1925; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 10; (17) *Rom.* VI, 9; (18) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (19) *Ibid.*;



fuera de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo<sup>20</sup>.

La naturaleza íntima del Sacrificio del altar no consiste en la comunión de la Víctima ofrecida<sup>21</sup>. *Debe advertirse una vez más —enseña el Magisterio de la Iglesia— que el Sacrificio eucarístico, por su misma naturaleza, es la incruenta inmolación de la divina Víctima, inmolación que se manifiesta místicamente por la separación de las sagradas especies y por la oblación de las mismas al Eterno Padre. La Sagrada Comunión, sin embargo, atañe sólo a la integridad del Sacrificio...; y mientras es enteramente necesaria para el ministro que sacrifica, para los fieles tan sólo es vivamente rocomendable<sup>22</sup>. No se precisa, por tanto —al contrario de lo que afirmaron los reformadores protestantes—, la comunión de los fieles para que la misa sea un verdadero sacrificio ni para su integridad: quien dijere que las misas en las que sólo el sacerdote comulga sacramentalmente son ilícitas, y que por lo mismo hay que suprimirlas, sea anatema<sup>23</sup>. Están, pues, fuera del camino de la verdad los que no quieren celebrar el Santo Sacrificio si el pueblo cristiano no se acerca a la sagrada mesa; pero yerran más todavía quienes —para probar la absoluta necesidad de que los fieles, junto con el sacerdote, reciban el alimento eucarístico— afirman capciosamente que no se trata aquí sólo de un sacrificio, sino del Sacrificio y del convite de la comunidad fraterna, y hacen de la Sagrada Comunión, recibida en común, como la cima de toda la celebración<sup>24</sup>.*

Aunque no sea necesario para la integridad del Sacrificio, la Iglesia siempre ha deseado que los fieles asistentes comulgaran en cada una de las misas, no sólo por espiritual afecto, sino también por la recepción sacramental de la Eucaristía, a fin de que llegara más abundantemente a ellos el fruto de este Sacrificio<sup>25</sup>. Incluso recomienda que lo hagan con hostias consagradas en el mismo Sacrificio, de modo que realmente suceda «que todos cuantos participando de este altar recibiéramos el sacrosanto Cuerpo y Sangre de tu Hijo, seamos colmados de toda bendición y gracia celestial»<sup>26-27</sup>.

(20) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; cfr. Concilio de Trento, sess. XXII, can. 4; (21) cfr. Concilio de Trento, sess. XXII, can. 2; (22) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (23) Concilio de Trento, sess. XXII, can. 8; cfr. Benedicto XIV, enc. *Certiores effecti*, 13-XI-1742; Pío VI, const. *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794, n. 28; (24) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (25) Concilio de Trento, sess. XXII, cap. 6; cfr. Benedicto XIV, enc. *Certiores effecti*, 13-XI-1742; Pío X, *Decreto sobre la comunión diaria*, 20-XII-1905; Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (26) *Missale Romanum*, *Canon Missae*; (27) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; cfr. Benedicto XIV, enc. *Certiores effecti*, 13-XI-1742;

Si no es preciso que los fieles comuniquen, para que el Sacrificio de la misa esté completo, tampoco es necesaria su presencia en la celebración eucarística ni su consentimiento a la acción sagrada para que ésta tenga lugar. Contra este error nos previene el Magisterio de la Iglesia: *algunos, en efecto, reprueban absolutamente los Sacrificios que se ofrecen en privado, sin la asistencia del pueblo, como si fuesen una desviación del primitivo modo de sacrificar; tampoco faltan quienes aseveren que no pueden ofrecer al mismo tiempo la Hostia divina diversos sacerdotes en varios altares, pues con esta práctica dividirían la comunidad de los fieles e impedirían su unidad; más aún, algunos llegan a creer que es preciso que el pueblo confirme y ratifique el Sacrificio, para que éste alcance su fuerza y valor*<sup>28</sup>.

La doctrina católica enseña que todas las misas, aunque se celebren en privado, *deben ser consideradas como verdaderamente públicas*<sup>29</sup>; porque cuantas veces el sacerdote renueva lo que el Divino Redentor hizo durante la Última Cena, se consuma realmente el Sacrificio que, en verdad, por su misma naturaleza, siempre y en todas partes, tiene necesariamente una función pública y social, pues el que lo inmola obra en nombre de Cristo y de los fieles cristianos, cuya Cabeza es el Divino Redentor<sup>30</sup>. Por esta razón, toda misa, aun la celebrada privadamente por un sacerdote, no es privada, sino acción de Cristo y de la Iglesia<sup>31</sup>.

*¡En toda misa está siempre el Cristo Total, Cabeza y Cuerpo! Es el Sacrificio de Cristo y de su Iglesia Santa. Cuando celebro la misa privada —que he amado siempre tanto— y digo Dominus vobiscum, se lo digo a la Iglesia entera: redemisti nos Deo sanguine tuo ex omni tribu, et lingua, et populo, et natione (Apoc. V, 9), porque Jesucristo nos ha rescatado, para Dios, de todas las tribus y lenguas y pueblos y naciones.*

*Estos criterios falsos son herejías viejas, que periódicamente se renuevan.* Hemos de decir que ningún fiel puede pensar que las misas privadas, en las que sólo el sacerdote recibe la Eucaristía,

(28) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (29) Concilio de Trento, sess. XXII, cap. 6; (30) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (31) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965;



pierdan por eso el valor del verdadero, perfecto e íntegro Sacrificio instituido por Cristo Señor Nuestro, y que por lo mismo hayan de considerarse ilícitas. No ignoran los fieles, o al menos se les puede instruir fácilmente en esto, que el Sacrosanto Concilio de Trento, fundado en la doctrina que ha conservado la perpetua tradición de la Iglesia, condenó la nueva y falsa doctrina contraria de Lutero (Benedicto XIV, enc. *Certiores effecti*, 13-XI-1742) <sup>33</sup>.

*Cada misa que se celebra* —concluye el Magisterio de la Iglesia—, *se ofrece no sólo por la salvación de algunos, sino también por la de todo el mundo* <sup>34</sup>. Y esto tiene lugar sin género de duda, ya sea que estén presentes los fieles..., ya sea que falten, pues de ningún modo se requiere que el pueblo ratifique lo que hace el ministro del altar <sup>35</sup>. Sin embargo, conviene en gran manera, por su misma naturaleza, que un gran número de fieles tome parte activa en la misa <sup>36</sup>, para que la oblación con la cual ofrecen la Víctima divina al Padre celestial alcance en este Sacrificio su pleno efecto <sup>37</sup>.

#### EL SACERDOCIO MINISTERIAL O JERÁRQUICO

*El sacrificio y el sacerdocio están tan unidos por ordenación de Dios, que en toda ley han existido ambos. Y así, habiendo recibido la Iglesia Católica en el Nuevo Testamento, por institución del Señor, el Santo Sacrificio visible de la Eucaristía, hay que confesar también que hay en Ella un nuevo sacerdocio, visible y externo, en el que fue trasladado el antiguo* <sup>38</sup>.

Jesucristo ejerció personalmente este nuevo sacerdocio mientras vivió en la tierra, cuando en los días de su carne mortal, ofreciendo plegarias y súplicas con grandes clamores y lágrimas a Aquel que podía librarle de la muerte, fue oído en vista de su reverencia... Y, consumado, vino a ser causa de salvación eterna, siendo nombrado por Dios Pontífice según el orden de Melquisedec <sup>39</sup>. Una vez resucitado y ascendido al cielo, como permanece siempre, posee eternamente el sa-

(33) Carta *Ad serviendum*, 8-VIII-1956, n. 22; (34) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (35) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (36) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (37) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (38) Concilio de Trento, sess. XXIII, cap. 1; cfr. *Ibid.*, can. 1 y 3; Concilio II de Letrán, can. 23, año 1139; Concilio II de Lyon, *Profesión de fe de Miguel Paleólogo*, año 1274; Concilio de Florencia, Bula *Exultate Deo*, 22-XI-1439; Pío XI, enc. *Ad catholicos sacerdotum*, 20-XII-1935; Concilio Vaticano II, decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 2; (39) Hebr. V, 7-9;

cerdocio; de aquí que puede perpetuamente salvar a los que se presentan ante Dios por medio suyo, pues está siempre vivo para interceder por nosotros<sup>40</sup>. Sin embargo, para perpetuar en la tierra el Sacrificio de la Cruz, durante la Última Cena dio a los Apóstoles y a sus sucesores en el sacerdocio el poder de consagrar, ofrecer y administrar el Cuerpo y la Sangre del Señor, así como el de perdonar o retener los pecados<sup>41</sup>.

Sólo pueden recibir el sacramento del orden los varones que hayan sido bautizados<sup>42</sup>. Para la validez de la ordenación se requiere, además, que el ministro consagrante sea un obispo<sup>43</sup>. Enseña también la Iglesia que en la ordenación de los obispos, de los sacerdotes y demás órdenes, no se requiere el consentimiento, vocación o autoridad del pueblo ni de magistratura secular alguna, de modo que sin ella la ordenación fuera inválida. Al contrario, aquellos que ascienden a ejercer estos ministerios llamados e instituidos solamente por el pueblo o por la potestad o magistratura secular y los que por propia temeridad se los arrogan, todos ellos deben ser tenidos, no por ministros de la Iglesia, sino por «ladrones y salteadores que no han entrado por la puerta»<sup>44-45</sup>.

Para la licitud de la ordenación se requiere que el obispo consagrante esté en plena comunión con la Sede Apostólica<sup>46</sup>, que el candidato esté libre de irregularidades y movido de recta intención<sup>47</sup>, que lleve una vida piadosa y limpia, que haya recibido la confirmación, tenga la edad requerida y posea la ciencia sagrada necesaria<sup>48</sup>, que esté dotado del debido título de ordenación<sup>49</sup>. Sin embargo, creemos que en el Sacrificio de la Eucaristía, ni el buen sacerdote hace más, ni el malo menos, porque no se realiza por el mérito del consagrante, sino por la palabra del Creador y por la virtud del Espíritu Santo<sup>50</sup>.

Característica peculiar de este sacramento del Orden es su dis-

(40) *Hebr.* VII, 24 y 25; (41) Concilio de Trento, *sess.* XXIII, cap. 1; cfr. *Ibid.*, can. 3; *Ibid.*, *sess.* XXII, can. 2; San Pío X, *decr. Lamentabili*, 3-VII-1907, n. 49; (42) cfr. *CIC*, can. 968; (43) cfr. Concilio de Calcedonia, *Statuta Ecclesiae antiqua*, can. 2-ss; Inocencio III, *Carta Eius exemplo*, 18-XII-1208; Concilio de Constanza, *sess.* VII, 4-V-1415, n. 28; Concilio de Florencia, *Bula Exultate Deo*, 22-XI-1439; Concilio de Trento, *sess.* XXIII, cap. 4; *Ibid.*, can. 7; (44) *Ioann.* X, 1; (45) Concilio de Trento, *sess.* XXIII, cap. 4; (46) cfr. San Anastasio II, *Carta Exordium Pontificatus mei*, año 496; San Gregorio I Magno, *Carta Quia charitati*, 22-VI-601; Nicolás II, Concilio Romano, año 1060; Pascual II, Concilio de Guastalla, año 1106; Clemente VII, *Instrucción*, 30-VIII-1595; (47) cfr. *CIC*, can. 973, 983-ss; (48) cfr. *CIC*, can. 974; Concilio Vaticano II, *decr. Presbyterorum ordinis*, n. 19; (49) cfr. Pío VI, *const. Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794, nn. 51-53; *CIC*, can. 968; (50) Inocencio III, *Carta Eius exemplo*, 18-XII-1208; cfr. Concilio de Trento, *sess.* XIII, cap. 7;



tribución en órdenes y grados jerárquicamente establecidos, que la Iglesia distingue en mayores y menores<sup>51</sup>. Junto al oficio de Romano Pontífice, Cristo mismo instituyó el episcopado, el presbiterado y el diaconado, de modo que *si alguien dijere que en la Iglesia Católica no existe una Jerarquía, instituida por ordenación divina, que consta de obispos, presbíteros y ministros, sea anatema*<sup>52</sup>.

#### CARACTERÍSTICAS DE LA MISIÓN SACERDOTAL

Los sacerdotes, hechos partícipes del sacerdocio de Cristo, se ordenan *para predicar el Evangelio y apacentar a los fieles, y para celebrar el culto divino. Participando —en el grado propio de su ministerio— del oficio del único Mediador, Cristo*<sup>53</sup>, anuncian a todos la divina palabra. Pero su oficio sagrado lo ejercen, sobre todo, en el culto o asamblea eucarística, donde obrando en nombre de Cristo y proclamando su misterio, unen las oraciones de los fieles al Sacrificio de su Cabeza, y representan y aplican el único Sacrificio del Nuevo Testamento, hasta la venida del Señor<sup>54</sup>, en el Sacrificio de la misa<sup>55</sup>.

Por la sagrada ordenación, además de la gracia, en el alma del sacerdote *se imprime un carácter que no puede borrarse ni quitarse*<sup>56</sup>; un sello que da a los presbíteros la capacidad de desempeñar públicamente el oficio sacerdotal por los hombres en nombre de Cristo<sup>57</sup>. A causa de esta dimensión totalizante del carácter sacramental, los sacerdotes deben consagrarse por entero a su sacerdocio. Ordenados para ser *ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios*<sup>58</sup>, deben atender a su ministerio con todas sus fuerzas y posibilidades, dedicándose a todos los hombres, sin discriminación alguna. *El sacerdote, viviendo así su vocación, sintiéndola así, no puede ser otra cosa que eso: ¡sacerdote! Como el oro, es oro; y la plata, es plata. ¿Sacerdote-social? ¿Sacerdote-misionero? No: el sacerdote es sacerdote, y cuanto más profundamente lo sea, más finamente ad-*

(51) cfr. San Clemente I Romano, *Epist. ad Cor.*, año 95; San Cornelio I, *Carta a Fabio, obispo de Antioquia*, año 251; San Siricio Papa, *Carta Directa ad decessorem*, 10-II-385; Concilio de Calcedonia, *Statuta Ecclesiae antiqua*, can. 2-ss, año 451; Concilio II de Nicea, *sess. VIII*, año 787; Concilio de Trento, *sess. XXIII*, cap. 4 y can. 2; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 18-29; (52) Concilio de Trento, *sess. XXIII*, can. 6; cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 28; (53) cfr. 1 Tim. II, 5; (54) cfr. 1 Cor. XI, 26; (55) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 28; (56) Concilio de Trento, *sess. XXIII*, cap. 4; (57) Concilio Vaticano II, *decr. Presbyterorum ordinis*, n. 2; (58) 1 Cor. IV, 1;



*vertirá —sin necesidad de que le añadan calificativos— las exigencias de la justicia y de la caridad, las necesidades del ambiente y de los hombres.*

El sacerdote se ordena para siempre; su sacerdocio, como el de Cristo, es eterno; *juró el Señor y no se arrepentirá: tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec*<sup>59</sup>. Sin embargo, nos advierte el Padre, *ahora se habla mucho del sacerdocio ad tempus, y esto es una locura; como si un marido fuese sólo marido a ratos.* La misión de servicio espiritual a todos los hombres exige del sacerdote una dedicación total y permanente a su ministerio. *Servir es el gozo más grande que puede tener un alma, y eso es lo que tenemos que hacer los sacerdotes: día y noche al servicio de todos; si no, no se es sacerdote. Debe amar a los jóvenes y a los viejos, a los pobres y a los ricos, a los enfermos y a los niños; debe recibir las almas, una a una, como un pastor que conoce su rebaño y llama por su nombre a cada oveja. Ya veis: no hay tiempo para nada. Además, debe preparar la homilía, y luego no perder los conocimientos teológicos de la doctrina, estar al día para no dejarse engañar por esos que se dicen teólogos y no saben nada.*

El sacerdocio, por fin, encuentra su más alta razón de ser en el amor. Por su vocación divina, el sacerdote *es el hombre del Amor, el representante entre los hombres del Amor hecho hombre. Vive por Jesucristo, para Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo. Por todo eso, comprendéis bien que los que se dicen sin amor, o están enfermos o están locos o no saben lo que es el sacerdocio. En cualquier caso, hay que tenerles compasión, y rezar por ellos.*

Expresión de ese amor y de esa dedicación es el celibato, que la Iglesia —siguiendo el consejo de su Divino Maestro<sup>60</sup>— ha impuesto como dulce carga a sus sacerdotes desde los primeros siglos y ha confirmado continuamente a lo largo de la historia<sup>61</sup>. *En el corazón del sacerdote, no se ha apagado el amor*<sup>62</sup> a causa del celibato; por el

(59) Ps. CIX, 4; cfr. Hebr. V, 5; VII, 21; (60) cfr. Matth. XIX, 12; Concilio Vaticano II, decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 16; (61) cfr. Concilio de Elvira, can. 33, año 303; Concilio I de León, can. 3, año 1123; Concilio de Trento, sess. XXIV, can. 9 y 10; San Pío X, exhort. *Haerent animo*, 4-VIII-1908; Benedicto XV, *Carta al Arzobispo de Praga*, 29-I-1920; Pío XI, enc. *Ad catholici sacerdotii*, 20-XII-1935; Pío XII, adhort. apost. *Menti nostrae*, 23-IX-1950; enc. *Sacra virginitas*, 25-III-1954; Juan XXIII, enc. *Sacerdotii Nostri primordia*, 1-VIII-1959; Paulo VI, enc. *Sacerdotalis coelibatus*, 24-VI-1967; Concilio Vaticano II, decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 16; (62) Paulo VI, enc. *Sacerdotalis coelibatus*, 24-VI-1967;

contrario, la gracia multiplica con fuerza divina las exigencias del amor, que, cuando es auténtico, es total, exclusivo, estable y perenne, estímulo irresistible para todos los heroísmos. Por eso la elección del sagrado celibato ha sido considerada siempre en la Iglesia «como señal y estímulo de caridad»<sup>(63)</sup>; señal de un amor sin reservas, estímulo de una caridad abierta a todos<sup>(64)</sup>.

Por la virginidad o celibato —explica el último Concilio Ecu­ménico—, guardado por amor del reino de los cielos, los presbíteros se consagran de nueva y excelente manera a Cristo, se unen más fá­cilmente a El con corazón indiviso<sup>(65)</sup>, se entregan más libremente, en El y por El, al servicio de Dios y de los hombres, sirven más expeditamente a su reino y a la obra de regeneración sobrenatural, y se hacen más aptos para recibir más dilatada paternidad en Cristo<sup>(66)</sup>. Lejos de encerrarse en una vida estéril y vacía, el sacerdote, muriendo cada día totalmente a sí mismo, renunciando al amor legítimo de una familia propia por amor de Cristo y de su reino, hallará la gloria de una vida en Cristo plenísima y fecunda porque, como El y en El, ama y se da a todos los hijos de Dios<sup>(67)</sup>.

Ningún amor de esta tierra necesita el sacerdote: *Dominus pars hereditatis meae*<sup>(68)</sup>; el Señor es la parte que le ha tocado en herencia. Y estando siempre con Dios y, por Dios, con todos los hombres, el sacerdote —si es fiel a ese Amor— nunca se sentirá solo. Recuerden los presbíteros que no están nunca solos en la ejecución de su trabajo, sino unidos a la virtud omnipotente de Dios... Recuerden también que tienen por compañeros a sus hermanos en el sacerdocio y aun a los fieles de todo el mundo<sup>(69)</sup>.

Mienten quienes dicen que los sacerdotes estamos solos, insiste el Padre; estamos más acompañados que nadie, porque contamos con la continua compañía del Señor, a quien tratamos ininter­rumpidamente. Para sentirnos acompañados, nos basta tratar mucho a Dios y cumplir nuestros deberes. Si algún sacerdote estuviera solo, es que se habría apartado de Dios, que se habría alejado voluntariamente de la gracia divina.

(63) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 42; (64) Paulo VI, enc. *Sacerdotalis coelibatus*, 24-VI-1967; (65) cfr. I Cor. VII, 32-34; (66) Concilio Vaticano II, decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 16; (67) Paulo VI, enc. *Sacerdotalis coelibatus*, 24-VI-1967; (68) Ps. XV, 5; (69) Concilio Vaticano II, decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 22; cfr. const. dogm. *Lumen gentium*, n. 28; Paulo VI, enc. *Sacerdotalis coelibatus*, 24-VI-1967.



Por el carácter sacramental del bautismo y de la confirmación, también los fieles cristianos son hechos *linaje escogido, una clase de sacerdotes reyes, gente santa, pueblo de conquista*<sup>70</sup>, destinados a *ofrecer víctimas espirituales que sean agradables a Dios por Jesucristo*<sup>71</sup>.

Gracias a esta participación en el sacerdocio de Cristo, los fieles toman parte activa en la celebración del Sacrificio del altar: *no sólo ofrecen el Sacrificio los sacerdotes, sino también todos los fieles; pues lo que se realiza especialmente por el ministerio de los sacerdotes, se obra universalmente por el deseo de los fieles*<sup>72</sup>. La misma liturgia de la misa expresa claramente esta participación, puesto que *las súplicas con que se ofrece a Dios la Hostia divina se pronuncia generalmente en plural, y en ellas, más de una vez, se indica que el pueblo participa también en este Augusto Sacrificio, en cuanto que él también lo ofrece. Así, por ejemplo, se dice:...* «Nosotros, tus siervos, y tu pueblo santo... ofrecemos a tu excelsa majestad, de tus propios dones y dádivas, la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada»<sup>73</sup>.

Ahora bien, por el hecho de que los fieles cristianos participen en el Sacrificio eucarístico, no por eso gozan también de la potestad sacerdotal<sup>74</sup>. Maternalmente, la Iglesia nos previene ante quienes, acercándose a errores ya condenados<sup>75</sup>, dicen que en el Nuevo Testamento sólo se entiende con el nombre de sacerdocio aquél que atañe a todos los bautizados; y que el precepto que Jesucristo dio a los Apóstoles en la Última Cena, de hacer lo que El mismo había hecho, se refiere directamente a todo el conjunto de los fieles, y que sólo más adelante se introdujo el sacerdocio jerárquico. Por lo cual creen que el pueblo tiene verdadero poder sacerdotal, y que los sacerdotes obran solamente en virtud de una delegación de la comunidad<sup>76</sup>. La doctrina católica afirma, por el contrario, que el sacerdote representa al pueblo sólo porque representa la persona de Nuestro Señor Jesucristo, que es Cabeza de todos los miembros por los cuales se ofrece; y que, por consiguiente, se acerca al altar como ministro de Jesucristo, inferior a Cris-

(70) 1 Petr. II, 9; (71) *Ibid.*, 5; cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 10; (72) Inocencio III, *De sacro Altaris mysterio* 3, 6; (73) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; cfr. *Missale Romanum*, *Ordo Missae*; (74) *Ibid.*; (75) cfr. Concilio de Trento, sess. XXIII, can. 4; (76) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942;

to, pero superior al pueblo. El pueblo, por el contrario, puesto que de ninguna manera representa la persona del Divino Redentor, ni es mediador entre sí mismo y Dios, ni puede gozar de ningún modo del derecho sacerdotal<sup>77</sup>.

Enseña también la Iglesia que el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no sólo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo<sup>78</sup>.

A impulsos del Espíritu Santo, el Magisterio de la Iglesia ha ido delimitando el modo propio en que los fieles —en virtud de su sacerdocio real— ofrecen el Sacrificio eucarístico. Aquella inmolación incruenta con la cual, por medio de las palabras de la consagración, el mismo Cristo se hace presente en estado de Víctima sobre el altar, la realiza sólo el sacerdote en cuanto representa la persona de Cristo, no en cuanto tiene la representación de todos los fieles. Pero el sacerdote, al poner sobre el altar la divina Víctima, la ofrece a Dios Padre como una oblación a gloria de la Santísima Trinidad y para el bien de toda la Iglesia. En esta oblación, en sentido estricto, participan los fieles a su manera y bajo un doble aspecto; pues no sólo ofrecen el Sacrificio por manos del sacerdote, sino también juntamente con él. Por esta participación, la oblación del pueblo pertenece también al culto litúrgico...

Pero no se dice que el pueblo ofrece juntamente con el sacerdote, por razón de que los miembros de la Iglesia realicen el rito litúrgico visible de la misma manera que el sacerdote —esto es propio exclusivamente del ministro destinado por Dios a este menester—, sino porque unen sus votos de alabanza, de impetración, de expiación y de acción de gracias a los votos e intención del sacerdote; más aún, del mismo Sumo Sacerdote, con el fin de que sean ofrecidos a Dios Padre en la misma oblación de la Víctima, incluso con el rito externo del sacerdote<sup>79</sup>.

La Víctima principal del Sacrificio es, pues, Jesucristo; pero también los fieles —para ejercitar plenamente su sacerdocio común— deben unir su sacrificio al del Señor, y ofrecerse también ellos a Dios Padre: os ruego... que le ofrezcáis vuestros cuerpos como una hostia

(77) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (78) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 10; (79) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942;



viva, santa, agradable a sus ojos, que es el culto racional que debéis ofrecerle<sup>80</sup>, escribía San Pablo a los romanos. Y a los filipenses, les decía: *habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Cristo en el suyo*<sup>81</sup>. Y esto exige a todos los cristianos que reproduzcan en sí, en cuanto al hombre le es posible, aquel sentimiento que tenía el Divino Redentor cuando se ofrecía en Sacrificio: es decir, que imiten su humildad y eleven a la suma Majestad de Dios la adoración, el honor, la alabanza y la acción de gracias. Exige, además, que de alguna manera adopten la condición de víctimas, abnegándose a sí mismos según los preceptos del Evangelio, entregándose gustosa y voluntariamente a la penitencia, detestando y expiando cada uno sus propios pecados. Exige, finalmente, que nos ofrezcamos a la muerte mística en la Cruz, juntamente con Jesucristo, de modo que podamos decir como San Pablo: «estoy clavado en la Cruz juntamente con Jesucristo»<sup>82-83</sup>.

De esta manera, la misa será —también en lo que a los fieles respecta— el Sacrificio de Cristo y de la Iglesia, porque en el sacramento del altar, según dice San Agustín<sup>84</sup>, se muestra a la Iglesia que también Ella es ofrecida en aquello mismo que ofrece<sup>85</sup>.

#### FINES DEL SACRIFICIO DE LA MISA

Siendo el Sacrificio de la misa el mismo Sacrificio del Calvario, sus fines son también idénticos. Por eso canta la Iglesia en la liturgia: *cuantas veces se celebra la memoria de este Sacrificio, renuévase la obra de nuestra redención*<sup>86</sup>.

El Sacrificio de la Cruz fue, en primer lugar, un Sacrificio látréutico, de alabanza a Dios. Y para que este himno jamás termine, los miembros se unen en el Sacrificio eucarístico a su Cabeza divina, y con El, con los Angeles y los Arcángeles, cantan a Dios perennes alabanzas<sup>87</sup>, dando al Padre Omnipotente todo honor y gloria<sup>88</sup>. Por eso, aunque la misa se ofrezca a veces en honor y memoria de los Santos, la Iglesia no enseña, sin embargo, que se ofrezca a ellos el Sacrificio, sino sólo a Dios, que los ha coronado<sup>89</sup>.

(80) Rom. XII, 1; (81) Philip. II, 5; (82) Galat. II, 19; (83) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (84) cfr. *De civ. Dei* 10, 6; (85) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; cfr. Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11; (86) Dom. IX post Pent., *Orat. super oblata*; cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 3; (87) cfr. *Missale Romanum, Praef.*; (88) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (89) Concilio de Trento, sess. XXII, cap. 3;

El segundo fin es eucarístico, puesto que *el Divino Redentor, como Hijo predilecto del Eterno Padre, cuyo inmenso amor conocía, es el único que pudo dedicarle un digno himno de acción de gracias. Esto es lo que entendió y deseó, «dando gracias»<sup>90</sup> en la Última Cena, y no cesó de hacerlo en la Cruz, ni cesa jamás en el augusto Sacrificio del altar*<sup>91</sup>.

El tercer fin de la misa es la expiación y propiciación de nuestros pecados, porque en este sacramento *se contiene e incruentamente se inmola aquel mismo Cristo que «una sola vez se ofreció a Sí mismo»<sup>92</sup> cruentamente en el altar de la Cruz. Por él se cumple que, si con corazón verdadero y con recta fe, con temor y reverencia, contritos y penitentes, «nos acercamos a Dios, conseguimos misericordia y hallamos gracia en el auxilio oportuno»<sup>93</sup>. Pues aplacado el Señor por la oblación de este Sacrificio, concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los crímenes y pecados, por grandes que sean*<sup>94</sup>.

La misericordia de Dios ha querido, además, que estos frutos propiciatorios y expiatorios sean ofrecidos *no sólo por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades de los fieles vivos, sino también por los difuntos en Cristo, no purgados todavía plenamente*<sup>95</sup>.

El último fin de la misa es la impetración. Acudiendo al Sacrificio del altar, los hombres pueden obtener la mediación de Jesucristo que, en la Cruz, *ofreciendo plegarias y súplicas... fue oído en vista de su reverencia*<sup>96</sup>, y que ahora, en el cielo, *está siempre vivo para interceder por nosotros*<sup>97</sup>. Estas gracias aprovechan tanto al que asiste al Santo Sacrificio como a aquel por quien se aplica<sup>98</sup>.

• • • • •

El Sacrificio del altar es representación viva y eternamente actual del Sacrificio de la Cruz, del que toma toda su fuerza. A través de cada misa, *los méritos infinitos e inmensos de ese Sacrificio no tienen límites, y se extienden a todos los hombres en cualquier lugar y tiempo,*

(90) *Marc.* XIV, 23; (91) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (92) *Hebr.* IX, 27; (93) *Hebr.* IV, 16; (94) Concilio de Trento, *sess.* XXII, cap. 2; cfr. *Benedicto XIV*, const. *Nuper ad nos*, 16-III-1743; Pío XI, enc. *Quas primas*, 11-XII-1925; enc. *Miserentissimus Redemptor*, 8-V-1928; Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; (95) Concilio de Trento, *sess.* XXII, cap. 2; cfr. *Ibid.*, *sess.* XXV, decr. *De purgatorio*; Inocencio III, *Carta Eius exemplo*, 18-XII-1208; Concilio II de Lyon, *Profesión de fe* de Miguel Paleólogo, año 1275; Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942; *Missale Romanum*, *Canon Missae*; (96) *Hebr.* V, 7; (97) *Hebr.* VII, 25; (98) cfr. Concilio de Constanza, *sess.* VII, 4-V-1415, n. 19; Concilio de Trento, *sess.* XXII, *can.* 3; Pío VI, const. *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794, n. 30;



porque, en él, el Sacerdote y la Víctima es el Dios-Hombre; porque su inmolación, igual que su obediencia a la Voluntad del Padre, fue perfectísima; y porque quiso morir como Cabeza del género humano<sup>99</sup>.

Hijo mío —nos invita el Padre—, piensa ahora en la Santa Misa: en cómo hemos de celebrarla o en cómo hemos de oirla. Considera que asisten los ángeles. Piensa que estás haciendo o participando en una cosa divina. Mira que sobre el altar Cristo se vuelve a ofrecer por ti y por mí. Y sentirás un deseo grande de imitar su humildad, su anonadamiento en la Hostia; y te llenarás de acciones de gracias, de adoración, de deseos de reparar, de peticiones. Y te ofrecerás, con los brazos extendidos, como otro Cristo, ipse Christus, dispuesto a clavarte en el dulce madero, por amor a las almas.

---

(99) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1942.